

en el mundo; y Tú, en vez de anonadarle, pensaste en salvarlo; le prometiste una Mujer, símbolo de amor y bondad, que un día quebrantaría la cabeza de la orgullosa serpiente, por la cual fué seducido miserablemente, y de sus entrañas immaculadas nacería el Salvador, que había de comunicar nueva vida á los siglos (1). ¡Ah! llenos de vivísimo agradecimiento te damos las más expresivas gracias! Anunciando á Adán y Eva, á María futura madre de tu Verbo, que en Él, y con Él, no sólo devolvería el antiguo honor á la degradada humanidad, sino que llamaría del cielo á la tierra la fugitiva inocencia, y sería aurora de paz y reconciliación para el mundo, nos tenías presentes á todos nosotros, y nos la dabas por Madre, Madre purísima é immaculada, en cuyo olor celestial se recrearían todas las generaciones humanas (2); Madre sublime y generosa, que nos daría á luz con inefable dolor al pié de la Cruz; Madre, verdadera maravilla del cielo y de la tierra, por todos los siglos de los siglos! ¡Oh! sí, nosotros cantaremos eternamente con Israel, y con los descendientes de Araón y todos aquellos que te temen, que eres bueno, y que tu misericordia no reconoce límites (3). Porque ¿qué sería de nosotros sin María? ¿qué habría sido de nuestros primeros padres, de la humanidad y del mundo entero? Y Tú ¡oh María amabilísima! hermoso iris de paz, elegida para sonreír desde los sublimes collados de la eternidad, é infundir consuelo y esperanza á nuestros desgraciados padres; ¡salve! ¡Salve! y no te olvides de nosotros, ¡oh hermosa hija del Eterno! pues somos igualmente miserables y pecadores: ilumina nuestros pasos desde lo alto de tu gloria, para que, fortalecidos con la esperanza de la divina misericordia, experimentemos sus saludables efectos en esta vida, y alcancemos la bienaventuranza eterna. Así SEA.

(1) ISAI. VII, 14.

(2) CANT. I, 3.

(3) SAL. CXVII, 1, 2 y 3.

## DIA SEGUNDO.

## LA EXPECTACION.

*Juxta fidem defuncti sunt, non acceptis repromissionibus, sed á longe eas aspicientes, et salutantes.*

Todos estos vinieron á morir constantes en su fé, sin haber recibido los bienes que se les habían prometido, contentándose con mirarlos de lejos y saludarlos.

(HEBR. XI, 13.)

Dios es bueno, hermanos míos: el sol, la luna, las estrellas, las yerbas, las plantas, las flores, y todos los seres de que se compone el bello y magnífico universo, dan de ello testimonio. Dios es bueno, padre de infinita misericordia; y lo prueban Adán y Eva, desterrados sin duda del Paraíso, para procurarse el pan con el sudor de la frente en medio de las tribulaciones y amarguras, de que había de abundar cada vez más la tierra; pero, libres de su culpa y consolados con la promesa de una Redención divina, en la cual encontrarían la salvación. Pero ¡ay! dirá alguien; ¿y por qué cubren toda la faz de la tierra espesas y negras nubes, por espacio de cuarenta siglos, y está escrita en todas partes la fatal sentencia de condenación y de la miseria del hombre; y en los valles, los montes, el mar y en la tierra, no resuenan más que profundos gemidos y suspiros, para llorar el tremendo destino del género humano, tiranizado con furor infernal por el horror y la muerte? En este hecho espantoso, que á la soberbia humana le plugo llamar inexplicable, me obligo á demostraros la infinita sabiduría del Criador; aquella sabiduría que trazó los cielos y los vistió de esplendores, fecundó la tierra, convirtiéndola, un día, en morada de delicias y de inocencia; sabiduría, sin la cual, la bondad y la misericordia no hubieran producido sus admirables efectos. ¡Oh! sí, venid naciones, pueblos y tribus; poderosos, débiles y miserables; en una palabra, cuantos seáis hijos del infortunio y del dolor, que atribulados y vacilantes por entre las antiguas tinieblas del error y del delito, volveis,

desgraciadamente, la vista hácia los campos de la desolacion; venid aquí á admirar la sabiduría de Aquel, que os acosa tiempo há, y os hiere con el brazo de su justicia; y os convencereis, que no de otra suerte puede mejor dar justa compensacion á su honor ultrajado, y procurar, al mismo tiempo, nuestra salvacion, por más que mediasen larguísimos siglos y preparaciones sin fin, ántes de que derramase sobre la tierra la plena abundancia de su misericordia, que fué el continuado y profundo suspiro de todos los profetas y videntes de Judá, que siempre clamaban conmovidos, en nombre de toda la creacion, durante todos aquellos siglos de duelo y de miserias: «¡Oh cielos! derramad desde arriba vuestro rocío; y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra, y brote al Salvador (1)! Ven ¡oh Señor! no tardes; ven á librar de sus delitos á tu pobre Israel (2).»

Vimos ayer, hermanos míos, de que manera Dios, movido á piedad por la desventura sobrevenida á nuestros padres Adán y Eva, á causa del delito en que habían incurrido, comiendo de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, les prometió que un día, una Mujer inmaculada, adornada con la primitiva belleza, y pura como el primer rayo de la creación, sería áncora de salvacion para su descendencia, de cuyo seno purísimo nacería Aquel, que con nueva y más sublime creacion había de renovar al mundo. Con esta promesa, se abrió á sus miradas un mundo y destino nuevos, que compensaba el dolor de haberseles cerrado á sus espaldas el Eden de la felicidad perdida; un mundo y un destino no presentes, ni tampoco bien conocidos; pero, sin duda, alegres y gloriosísimos; y se verificaría cuando la Mujer prometida y su linaje, ó sea, su Hijo, viniera á combatir á la infernal serpiente, y á quebrantar su cabeza. En esta Mujer, pues, y en su gérmen divino, fijaron todos sus pensamientos, y tuvieron que pasar su larga y trabajosa vida en extender hácia ellos su deseo, en esperarlos con humildad y fé, y en alimentar su espíritu con esta expectacion tan deseada.

Y aquí, para comprender bien la sapientísima economía de Dios en la obra de su misericordia, téngase en cuenta, que aunque se hubieran mantenido inocentes, su justicia y felicidad y todo su poder y grandeza hubieran consistido en esperar, en desear y en gozar de antemano un estado divino, á que habrían llegado, mediante una mayor y más íntima é incomprensible union con Dios; pero, en tal estado de inocencia, la hubieran alcanzado de goce en goce, sin nin-

(1) ISAI. XLV, v. 8.

(2) *Praec. liturg. in Adv.*

guna interrupcion; pero, despues de la culpa, fué menester llegar á ella por medio del dolor. Si; por medio del dolor, que expiase el criminal placer que se tomaran con escuchar á la serpiente, contraviniendo al divino mandato: placer inícuo, por haber nacido de la culpa; miéntras que, en el estado de inocencia, hubiera sido meritorio y santo. Y lo que aconteció á Adán y Eva, debía suceder también á toda su descendencia. ¡Dolor, lágrimas y expiacion! tal fué la vida que llevaron Adán y Eva: y tal es la que debemos sobrellevar todos nosotros, para hacernos dignos de reunirnos amorosamente á nuestro principio, y ser felices. Esto es lo que me propongo demostraros: A. M.

En verdad, el dolor de nuestros primeros padres fué inefable, porque tuvieron que derramar amarguísimas lágrimas miéntras vivieron; en primer lugar, y de un modo especial, cuando vieron muerto á su amado hijo Abel, que sucumbió á los repetidos golpes de la mano fratricida de Cain. ¡Oh! á la vista de aquel hijo suyo exánime y ensangrentado, Adán y Eva estuvieron próximos á la desesperacion; porque no podían ménos de exclamar: «¡Hé aquí la muerte! y nosotros mismos la hemos provocado sobre esta cabeza tan entrañablemente querida! ¡Oh Abel, Abel! á no haber desobedecido nosotros al divino mandato, ni tú hubieras muerto, ni Cain sería fratricida! Así, hermanos míos, el humano linaje, en nuestros primeros padres empieza á expiar su delito; y gracias á que, habiéndose reconocido delincuentes y dignos de la pena, la sobrellevaron con humilde paciencia y sincera contricion de su alma, abreviando de esta suerte los días de durísima prueba á las generaciones futuras.

¡Ojalá, que á nosotros nos animara el mismo espíritu de justicia, que hizo aceptable su dolor á los ojos de Dios! Pero ¡ay! nosotros, por el contrario, pecando, quedamos tranquilos como si el pecado fuera nada; y si Dios misericordioso nos visita con alguna tribulacion, con una enfermedad, con una persecucion, con un revés de fortuna, que es grandísima y señalada misericordia, nos rebelamos contra tales padecimientos, y, orgullosos como Satanás, nos atrevemos á preguntar; ¿por qué somos castigados? y, con frecuencia, salen de nuestros lábios la imprecacion y la blasfemia para provocar el Cielo. ¡Oh cristianos! ¿Podeis acaso afirmar con verdad, que estais libres de culpa, y que os sobrevino injustamente la tribulacion? ¿Teneis verdaderamente un alma tan pura y cándida en presencia de Dios? ¡Ah! entremos, por un instante, en el interior de nuestra conciencia, y reflexionando desapasionadamente sobre nos-

otros mismos, horrorizémonos de nuestras iniquidades, y lágrimas amargas sean la expiación de nuestra vida.

Así lo practicaron nuestros primeros padres, que en la muerte de Abel vieron el primer anillo de la larga y terrible cadena de delitos que empezaban á ensangrentar el mundo; y espantados de tantas miserias, volvieron la vista atrás, deplorando que el hombre, marcado con el pecado original, estuviese siempre dispuesto para cometer toda suerte de iniquidades. Y sin embargo ¡oh Dios mio! esto era sólo un preludio de la multitud de males, que debía conducir hácia un abismo de corruptelas é infortunios á la generacion humana, ántes de que se cumpliese la promesa de la Mujer, la cual, con el fruto santísimo de su seno, aplastase la cabeza de la infernal serpiente, causa primera de tanta ruina; es decir, la Virgen Madre, y su Hijo Jesucristo. En efecto; desde el pecado de Adán y Eva, hasta á la Encarnacion del Verbo en el seno de María, trascurrieron cuarenta siglos; durante los cuales se extendió sobre la haz de la tierra, tal cúmulo de confusiones y errores, que los hombres, perdida toda verdadera idea de la divinidad, se volvieron totalmente ciegos, tropezando y cayendo á cada paso de uno á otro precipicio, entregados á toda suerte de vergonzosos pecados é infames delitos. Sólo en un pueblo, que fué el escogido de Dios, destinado á conservar por entero la primitiva Revelacion, que tuvo principio en la promesa expresada yá, se conservó esa luz vivificante: en el resto del mundo no quedó religion, honestidad, ni humanidad, á no ser alguna lijera señal y el nombre; como tampoco amor reciproco, ni santidad de fé, ni pudor, ni respeto, ni justicia, ni decoro; sinó una espantosa mezcla de supersticiones, mentiras, prostituciones, obscenidades y abominables delitos. ¡Imaginense, pues, quien pueda, no diré cuántos individuos, sinó cuántas generaciones se precipitaron miserablemente en el Infierno!

¡Ah, hermanos míos! esta es, sí, es esta la horrible naturaleza de la culpa: oscurecer, primero, el entendimiento, á fin de que no distinga el bien del mal; y luego viciar y corromper de tal modo nuestro corazon, que, sin advertirlo, caiga de iniquidad en iniquidad, hasta rodar al eterno precipicio. Y nosotros ¡oh Dios mio! tampoco tememos al más terrible de los males, ántes ponemos en él la confianza, abandonándonos tranquilos en sus brazos, con la ilusion de que podremos, cuando nos plazca, llegar al puerto de salvacion! Pero ¡ah! ¿dónde están aquellos que, entregados á una vida de pecados, den, más tarde, señales de enmendarse? ¡Triste es confesarlo! casi todos llevan hasta la muerte la aborrecible carga de sus extravíos, que los hacen víctimas de eterna desesperacion! Ni puede acontecer de otra

manera; pues, siendo el pecado una violenta separacion de Dios, ¿con qué fuerzas podrá el hombre reenirse á Él, de quien está separado por una distancia infinita? ¡Ah! el pecado no cambia de naturaleza; y así como vió miserablemente al género humano sumido, por tantos siglos, en las tinieblas de la idolatría, ve tambien en el más lamentable estado á cada uno de los individuos de la misma, si, por desgracia, despreciando la gracia divina de nuestro divino reparador Jesucristo, se lanza, mal aconsejado, por la sendas de la culpa. Desengañémonos: el pecado lleva á temporal y eterna ruina: tal es su historia infalible. Espantémonos, por consiguiente, del horrendo peligro que se corre, acostumbrándose á vivir en pecado, pues que es señal de casi verdadera reprobacion (1).

Así, reducido el género humano, á causa de la culpa de nuestros progenitores, á tal degradacion, imposible de pensar otra mayor, sintió, al fin, necesidad (la cual fué misericordia de Dios, que lo quería salvo), de volver al principio, de que se había tanto separado. Y para conseguirlo, recurrió á vários medios, más ó menos verdaderos, y tambien falsos é inícuos, pero todos incapaces de conducirlo al punto fijo, puesto que caido el hombre del estado de gracia, no era, ni es, ni será, capaz de una sola accion, que le haga acepto al Cielo (2). El primero de estos medios, pues, fué la oracion; de manera, que en la historia no se halla pueblo, por antiguo ó bárbaro que haya sido, sin el sagrado rito de la oracion. Si, todos oraron; señal evidente de que la oracion es un instinto natural del alma hecha á imágen de Dios; unos oraban entre las misteriosas sombras de los bosques, otros en las ásperas cumbres de los montes; estos en lo más oculto de las cavernas, aquellos bajo las majestuosas bóvedas de los templos; y todos acompañaban la oracion con significados externos; por ejemplo, en las desgracias, cubríanse la cabeza con ceniza, ó la coronaban de flores en las prosperidades; ó se recogían con tristeza en la soledad, ó entonaban á coro cánticos sagrados. Pero no satisfecho el hombre con tal medio, en su inquietá tendencia hácia el sumo bien que buscaba, procuró hacer para sí más viva su accion, figurándose la divinidad bajo semejanza humana; lo cual le llevó á todos los excesos de la idolatría, hasta el punto de creer, que no sólo estaba presente y verdadera la adorable majestad de Dios en los mudos y falsos simulacros de su mano, sí que tambien la adoró como verdadera y presente, hasta en los animales más viles y asquerosos de la tierra, añadiendo, además, oblaciones y sacrificios de la más

(1) ECCLES. III, 27.

(2) JOANN. XV, 5.

horrible naturaleza; las oblacones, en señal de reconocer el supremo dominio de sus divinidades sobre todas las cosas; y los sacrificios, para aplacarles cuando creía haber provocado su ira (1). Pero ¡ah! que todo esto no era sólo vano, sí que también más abominable y execrable; como quiera que las oblacones fueran, con harta frecuencia, indignas de aquella naturaleza perfectísima, que presumía honrar, vergonzosos los sacrificios, é infames los holocaustos.

No bastaba; hubo algo peor. ¿Quién creyera jamás, que el humano linaje, extraviado, y principalmente aquella parte, que por fortuna había adelantado más en la civilización antigua, y á preferencia de las otras, conservaba algún tanto de humano decoro, llegase á decretar la apoteosis al lodo y al vicio; es decir, á divinizar y colocar, en vez del supremo Criador del universo, á una miserable criatura del mundo? Pues esto aconteció en Roma, en la ciudad que representaba todo el universo: me refiero á la apoteosis de Augusto. ¡Ah! después de este delito era imposible que el mundo continuase en pié, á no haber mediado la infinita piedad de Dios; quiero decir, que, ó no hay Dios, ó el universo debía perecer. ¡Hé ahí, hermanos míos, lo que es el hombre separado de Dios! ¡Héos ahí la historia del género humano ántes de Jesucristo, envuelto en el desorden de la primera culpa! Y sirva esto de respuesta á todos aquellos que nos hablan de un Dios, de una religión y de una moral fuera de la Revelación divina, y sin auxilio de la gracia celestial. ¿Acaso no hemos visto también en nuestros días, la renovación de tantos y tan infames delitos? ¿No hemos oído dar el nombre de *Salvador*, á quien pasó su depravada vida en blasfemarle? ¡Ah, hermanos míos! dispensadme: que os diga con el poeta católico, no hay luz, si no viene de lo sereno que nunca se turba; esto es, si no viene de Dios: no hay sabiduría, si no arranca de Jesucristo: no hay amor verdadero, ni camino á la verdad ni á la bienaventuranza, sino por medio de su doctrina; y la estrella que nos guía es la divina Madre María. No nos engañemos; no dejemos seducirnos. *Ego via, veritas et vita*, dijo Jesús: yo soy el camino, la verdad y la vida; y fuera de mí sólo se encuentran tinieblas de muerte. Esta es la historia del mundo ántes de que descendiera Jesucristo á redimirlo: esta su historia, después que Jesucristo le hubo salvado, cuantas veces ha intentado separarse de Él; y así sucederá hasta la consumación de los siglos. Por consiguiente, permanezcamos muy asidos á Jesús, á su fé, á sus doctrinas y á su Iglesia; y que su Virgen Madre sea nuestro amparo, y la guía

(1) Véase Nicolás: *La Vierge Marie et le plan divin*, part. 1.

carinosa que nos conduzca á salvo en el asilo de su adorable corazón.

Prosigamos. Caído el género humano en el abismo de que hemos hecho mención, se despertó en él un misterioso sentimiento, que sólo, al parecer, pero no en realidad, había perdido, habiéndolo dispuesto así la divina misericordia, para que empezase á agitarse y á esforzarse, por decirlo así, en resucitar de la muerte en que estaba sumido, y de la que no podía levantarse con sus propias fuerzas, sino que le había de salvar Dios, como lo había prometido en el Paraíso terrenal. Recordose, pues, aunque muy confusamente, y del mismo modo que uno sueña por la mañana, y le parece estar despierto, bien que en verdad no lo esté, de aquella promesa divina, que la tradición había conservado de mil maneras, y esparcido entre todos los pueblos de la tierra; y meditándola en su corazón, hizo de la misma, cuanto le fué posible, objeto de esperanza para lo futuro; ya que cuando los descendientes de Adán, por medio de los hijos de Noé, se esparcieron sobre la tierra, toda colonia pelásgica llevó consigo, por do quiera, como sagrado depósito de sus mayores, los recuerdos de la Revelación primitiva; es decir, que el hombre, formado de tierra, y rebelándose después contra su Dios, y, por consiguiente, caído del estado de felicidad y de inocencia en que fuera criado, había obtenido por divina misericordia, mediante la palabra del Omnipotente, solemne promesa de una reparación futura de aquella primera falta; la cual tendría lugar por medio de una Mujer, que con el fruto divino de sus entrañas aplastaría la cabeza al antiguo traidor. Por este motivo, en medio de tantas calamidades en que debía perecer el género humano, levantó, de todas partes, desgarradoras voces al Cielo; no solamente el pueblo de Israel, que había conservado por entero dicha Revelación, sí que también los demás pueblos de la tierra, hasta las más bárbaras y salvajes generaciones: en las orillas del Indo y del Ganges, á lo largo del caudaloso Nilo (1), entre los Druidas de las Galias (2), y los fatalistas Bardos del Septentrion, incluso los salvajes de las últimas Américas (3). Digo, incluso los salvajes de las últimas Américas; porque pueblos existían también en esas regiones, anteriores á los pueblos civilizados de las célebres y conocidas regiones de la tierra, de las cuales descendían, que se ocultaron y permanecieron como sepultados en la otra parte del Océano en el

(1) Véase Kircher: *La China*, etc.; y Tavernier, *Viaggi*, tom. II.

(2) Elías Schedius: *de Diis germanis*, cap. XII.

(3) Muratori: *II Cristianesimo felice*, etc.

olvido de su existencia. Todos esos pueblos, civilizados y salvajes, antiguos y nuevos, conservaron, en las reliquias de la verdadera y en las solemnidades de sus falsas religiones, una maravillosa idea de una Mujer, Virgen y Madre de toda grandeza, y de toda futura esperanza de los hombres (1). Y en efecto, en la aurora de tan venturosos días, que se aproximaban presurosos, por más que reinase la paz en todo el mundo, cerrado el templo de Jano, sentíase, no obstante, en todas partes, una agitacion de afectos, un susurro de palabras, una inesperada alegría, y una inaudita esperanza para todos, de que un grande acontecimiento iba presto á cambiar la faz del mundo: en una palabra, toda la vida del género humano se manifestaba como una solemne y maravillosa profecía de nuevos destinos; era el presentimiento y la profecía de la próxima salvacion (2).

Si ¡oh mundo infeliz! pronto serás salvo, pues, está por aparecer la tan deseada estrella de Jacob (3), y el sol divino, que la seguirá, Jesucristo. Pero ¡ah! cuántas lágrimas debiste derramar! cuántas tormentosas pruebas por qué pasar durante tantos siglos! Y ahora haremos punto aquí, hermanos míos, dejando que nuestro corazón considere despacio, cuán grande necedad y miseria es apartarse de Dios por el pecado (4). De esta separacion derivan todos nuestros infortunios. Desengañémonos; lejos de Dios no hay sosiego, orden, ni satisfaccion de ninguna clase, y mucho menos verdadera y perfecta felicidad (5). Ya pueden buscarla unos en las riquezas, otros en las diversiones; estos en el desahogo de sus pasiones, y aquellos en los honores, ó en el poder; vanos serán sus esfuerzos: por más que hagamos, no sólo quedaremos siempre burlados y engañados, si que tambien aflijidos por haber servido de miserable juguete á nuestras ilusiones. La paz, el contento y la felicidad están solamente en Dios; en la perfecta observancia de su ley; en las prácticas santísimas de la conciencia, que triunfa y se eleva con sentirse pura, ya que nada tiene que reprendernos, ni ante los hombres ni ante el Cielo. ¡Oh! sometámonos, pues, al Señor, si por la culpa nos hubiéramos rebe-

(4) Véase Orsini: *la Vergine*, etc., tom. 1. Roselly de Lorgues: *Le Christ devant le siecle*, etc.

(2) Latan: *Inst.* lib. vii. Euseb.: *de vita Constantin.* cap. xxi. Vernsdorf, *Poet. min.* tom. iv. Chandier: *Vindication of the defense of Christianity*, tom. ii, cap. ii. Viston: *Supplement of the literal accomplishment of scripture prophecies*, Cudworth: *System. intellect.* cap. iv. Lowth, *Prelect.* xxi.

(3) NÚM. xxiv, 17.

(4) JEREM. ii, 19.

(5) ISAI. xlviii, 22.

lado contra Él, sin esperar por más tiempo, agravando cada dia más nuestra miserable suerte! Cuarenta siglos de tan duras pruebas, que el mundo hizo de sí, deben ser suficientes para obligarnos á reconocer nuestros errores; y cuando no otra cosa, hástenos nuestra propia conciencia, la cual nos grita, que en vano esperamos la paz lejos de Dios.

¡Oh, Dios mio! te pedimos esta gracia por la intercesion de Maria, Madre nuestra y tuya; para conocer, que fuera y lejos de Ti, no hay paz, ni satisfaccion, ni felicidad, sinó amargos desengaños, agudísimas espinas, llanto, dolor y desesperacion. Nosotros, ¡oh Dios mio! fuimos criados por Ti y para Ti, que eres fuente de vida, causa y sostén de toda existencia. ¡Cuánto se engaña, Dios mio, el pecador, que te vuelve las éspaldas, y que se atreve á combatirte de frente, confiando vencer con su razon, y los delirios de la soberbia que le domina! Sus caminos serán siempre tenebrosos y letales (1), y, al fin, tendrá que invocar tu piedad si desea salvarse. ¿Quién puede, en este mundo, decir: Yo soy feliz, desde que me rebelé contra el Cielo? ¡Ah! desde Lucifer, precipitado en el abismo á causa de su soberbia (2), hasta el presente, una sola voz resuena en las casas de los impíos en la hora de la muerte: ¡Ay de nosotros! erramos el camino de la verdad, y ahora estamos perdidos para siempre, para siempre (3)! ¡Dios mio! que nuestro fin no sea la muerte, ni la eterna desesperacion! Y si mil veces hemos ultrajado tu bondad y abusado de tu misericordia, ahora ¡oh Padre nuestro! volvemos á Ti, arrepentidos, y humillados, seguros de que paciente en esperar los pecadores á penitencia, y generoso en perdonarlos (4), nos acogerás benigno en tu seno, como lo hiciste con el mundo condenado, al cual, con magnánima redencion, levantaste del abismo en que habia caído. Por lo tanto, dignate, Señor, de ahora en adelante, guiar Tú mismo nuestros pasos por la senda de la salvacion (5). Volvemos de nuevo á Ti ¡oh Dios de sabiduría y misericordia infinitas! Y puesto que no produciría ningun fruto este nuestro propósito, aunque sincero, abandonados á nosotros mismos, socórrenos con tu poderosa ayuda, para que sea firme y fecundo de sagrados frutos. Te lo pedimos, Señor, por tu amada Hija, esposa y Madre, Maria,

(1) PSALM. xxiv, 6.—PROVERB. iv, 19.

(2) LUC. x, 18.

(3) SAPIENT. v, 6.

(4) PSALM. cii, 8 y sigüent.

(5) CANT. ZACH. v, 12.

siempre pura, santa é inmaculada, á la cual volvemos nuestras miradas, como á estrella de salvacion. Si ¡oh hermosa Madre de Dios y de los hombres, dulce María! confiamos especialmente en Tí despues de tu Hijo Jesucristo; en Tí, que eres la dispensadora de las gracias del Cielo: en Tí reposamos, seguros de que nos conducirás á Dios, nos socorrerás y protegerás en los dias de la tribulacion y del infortunio, y benigna y amorosa consolarás nuestra pusilanimidad, para que no nos abata nuestro enemigo, sinó que, vencéndole ahora y siempre, podamos un dia tocar al puerto de la eterna salvacion. ASI SEA.

---

## DIA TERCERO.

---

### LOS PADRES.

*Semen eorum et gloria eorum non derelinquetur.*

Su linaje y su gloria no perecerán nunca.

(ECCLES. XLIV, 13.)

Del mismo modo que Dios crió los cielos y la tierra para que manifestasen al hombre su poder, su sabiduría y su gloria, así formó el hombre á su imagen y semejanza, dotóle de entendimiento para conocer, y de voluntad para amar, á fin de que á medida que se dilatase su conocimiento, afirmándose cada vez más en la virtud, fuese objeto tiernísimo de su amor infinito, y como jardin de sus delicias y complacencias (1). Ved, sinó, lo que pasó en el Paraíso terrenal mientras reinó allí la santa inocencia. ¡Ah! no solamente Adán y Eva fueron felices en la plena abundancia de cuanto hubiese sabido, ó podido desear su corazón, rodeados de maravillas siempre nuevas, brillando cada vez con una nueva y mucho más sublime magnificencia, y con pleno dominio sobre las aves del cielo, los peces

(1) PROVERB. VIII, 31

del mar, las fieras del bosque y todas las demás criaturas; pero lo que era infinitamente más admirable, Dios mismo, como enamorado de su obra, descendía á conversar misteriosamente con ellos, y los embriagaba con altísimas revelaciones, y les hacía partícipes, cuanto era posible, acá abajo, de su inmortal é inefable divinidad. ¡Oh Adán! oh Eva! ¡Por qué pecasteis, porque ensuciando de lodo la cándida estola de que os había revestido, obligasteis al Criador á alejarse de vosotros, y ocultaros su faz? ¡Desgraciados! Con vuestra conducta nos privasteis el gustar de una vida de amor, que lengua alguna angélica, y mucho ménos humana, sabrían describir con ninguna clase de imágenes; vida totalmente celestial, vida purísima de Paraíso! ¡Podemos dudar de ello, hermanos míos, cuando al presente, á pesar de estar llenos de innumerables imperfecciones, y de llevar todo acto de nuestra vida, por decirlo así, la semejanza del pecado, sin embargo, un solo acto virtuoso es tan agradable y acepto al Señor, que en seguida nos abre con benigno semblante los tesoros de la misericordia y de su amor? ¡Oh bella virtud! sin duda tu origen es celestial y no terreno, cuando el Criador se complace tanto en tí! Y aquí me es grato, hermanos míos, presentaros, en prueba de ello, á los dichosos padres de María, destinados á la altísima dignidad y al sublime oficio de recibir como hija y dirigir con sus cuidados á aquella, que había de ser Madre de Dios. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Sin duda que ayer os sentisteis conmovidos de profunda y dulce piedad, admirando la expectación ardentísima, en que estaba el mundo á la aparición de Aquella, que había sido prometida como aurora de la salvacion para el prevaricador género humano, y de quien había de nacer el esperado de las naciones. Os enternecisteis á la vista de las agitaciones y deliquios que experimentaba, fatigado de sufrir por tan largo tiempo. Por cuyo motivo, cual mujer cercana al parto, conjuraba á los adivinos, interrogaba á los ancianos, desenterraba de todas partes antiguas leyendas, y consultaba antiquísimas tradiciones, no tan sólo las del pueblo Hebreo, sino también las fabulosas y paganas de las varias Sibilas; en fin, toda clase de documentos, en los cuales sospechaba que podría hallar algun rayo de revelacion. En una palabra, parecía que el mundo no podía, como en efecto no hubiera podido, vivir por más tiempo, sin volver á la gracia de su Dios. Y Dios resolvió, finalmente, enviar á la tierra á Aquella, que por tantos siglos, en remotísimo porvenir, había sido vislumbrada, junto con el germen divino de su seno, por todos los viden-